

había vuelto á sentar con los otros, de que se acercase á él, le dijo á media voz algunas palabras, que Mr. Jackal no pudo oír, con gran disgusto suyo.

Pero el movimiento que se efectuó al instante en la asamblea, le hizo comprender el sentido de las palabras.

En efecto, el orador, después de haber dado gracias á la asamblea con una señal de cabeza, lo que probaba que acababa de concedérsele algo importante, cogió una antorcha, y se dirigió hacia una especie de gruta, donde desapareció al cabo de algunos instantes, en medio de la desesperación creciente de Mr. Jackal.

Esta marcha, sin embargo, era bien fácil de explicar, y M. Jackal conocía demasiado bien el carbonarismo para no comprender que el orador acababa de ser nombrado diputado, y en calidad de tal iba delegado ante la venta central.

Pero como nuestros lectores tal vez no están tan bien informados como Mr. Jackal, nos permitirán decirles en pocas palabras, cuál era la organización del carbonarismo.

FIN DEL LIBRO UNDÉCIMO.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL CARBONARISMO.

Los republicanos del reino de Nápoles, bajo el reinado de Murat, animados de un odio igual contra los franceses y contra Fernando, se habían refugiado en las profundas gargantas de los Abruzzos, y habían formado una alianza bajo el nombre de carbonarios.

En 1819, el carbonarismo italiano tomó grande desarrollo por las afiliaciones con los patriotas de Francia.

Este incremento llamó la atención y las sospechas del gobierno de la Restauración.

Un hecho, sobre todo, le admiró.

El carbonario Querini fué perseguido criminalmente por las autoridades de la corte, por tentativa de homicidio. En la causa se descubrió, que no había hecho más que ejecutar un juicio de HALTA VENDITA, hiriendo á un carbonario acusado de haber revelado el secreto de la asociación.

Informado de este hecho por los magistrados, había mandado el ministerio que se detuviese el curso de los procedimientos. Una sumaria y medidas demasiado severas descubrirían un temor, escribía, que no pueden inspirarlo semejantes sociedades, bajo una forma de gobierno en que los derechos del pueblo están reconocidos y asegurados.

El ministerio disimulaba su propio pensamiento.

El carbonarismo, por el contrario, era entonces objeto de las más tenaces investigaciones; pero temía que persecuciones y procedimientos, ejecutados con demasiado ardor, fuesen un aviso para las numerosas ventas que había en París y los departamentos, para que estuviesen con más cuidado que nunca.

La cuna del carbonarismo francés era un café de la calle de Copeau, y sus fundadores, Joubert y Dugier, que después del aborto del complot del 19 de Agosto á consecuencia del que Sarranti había dejado la Francia; Joubert y Dugier, por su parte, habían ido á buscar á Italia un refugio contra la persecución de las Cámaras. Recibidos entonces como carbonarios durante su permanencia en Nápoles, después de su regreso habían hecho conocer á muchos de sus amigos la organización del carbonarismo napolitano.

En una reunión habida en la calle Copeau, en la habitación de un estudiante de medicina llamado Buchez, cuya casa hacía esquina á la calle de la Clef, reunión á la que asistían Mr. Roussenmayor, abogado, los estudiantes de jurisprudencia Limperani, Guinar, Sautelet y Cariol, el estudiante de medicina Sigond, y los dos empleados Bazard y Flottard; en esta reunión comunicó Dugier los estatutos y reglamentos del carbonarismo.

Los diez jóvenes reunidos allí aquel día, convinieron en

reunir todos los miembros dispersos de las diversas conspiraciones formadas hasta entonces, y someterlos á una misma dirección, constituyendo una sociedad francesa de carbonarios.

Tres de ellos, Bazard, el gran organizador del carbonarismo, Buchez y Flottard se encargaron de introducir en los estatutos del carbonarismo italiano las últimas modificaciones que necesitaban las costumbres de los diferentes países.

Al instante pusieron manos á la obra, y hé aquí cuáles fueron las principales disposiciones del carbonarismo en Francia.

La sociedad entera se componía de tres ventas.

La alta venta;

La venta central;

La venta particular.

La alta venta, autoridad suprema, absoluta, soberana, invisible, desconocida, era única.

El número de ventas centrales y particulares era ilimitado.

Cada reunión de veinte carbonarios formaba una venta particular.

Tres ventas particulares estaban reunidas delante de los ojos de Mr. Jackal.

Cada una de estas ventas aisladas elegía de su seno un presidente, un censor, un secretario cajero, que recibía las cotizaciones, y un diputado.

El objeto de toda venta particular era la destrucción de la monarquía, objeto común, para el que se había instituido el carbonarismo.

Se ocupaba poco de reconstruir, de reconstituir.

Arrojar á los jesuitas, arrojar al rey, romper el yugo.

tal era el objeto que se proponía todo carbonario, cualquiera que fuese su simpatía por tal ó cual forma de gobierno.

Bonapartistas, orleanistas, republicanos estaban confundidos, y si Mr. Jackal hubiera tenido los cien ojos de Argos, hubiera visto sin duda irradiar en el fondo de las Catacumbas, en algún ángulo opuesto al de los bonapartistas, las antorchas de los orleanistas y de los republicanos.

Cada venta particular, como hemos dicho, tenía un diputado. Estos diputados, delegados por las ventas particulares, formaban la venta central.

La venta central estaba organizada como la venta particular: á su vez elegía un presidente, un censor y un diputado.

El diputado de esta venta era delegado cerca de la alta venta, la que se componía de todas las notabilidades militares y parlamentarias de la época.

No formaba reunión: y el diputado de la venta central nunca se entendía con más de uno de sus miembros.

Así que, los mismos afiliados no sabían casi ninguno de los nombres de los miembros de la venta suprema, y apenas hoy hay certeza de conocer la mitad de ellos.

Los principales eran;

Lafayette, Voyer-d'Argenson, Laffitte, Manuel, Buonarrotti, Dupont (de l'Eure), de Schonen, Merilhou, Barthe, Teste, Bautista Boner, Boinvilliers, los dos Scheffer, Bazard, Cauchois-Lemaire, de Corcelles, Jacques Kæcklin, etc.

Concluamos repitiendo, que los elementos de que se componía el carbonarismo estaban lejos de pertenecer á las mismas doctrinas políticas, y que paisanos, estudiantes,

artistas, militares, abogados, aunque marchando por vías diferentes, se dirigían por la misma causa, es decir, por un odio ardiente contra los Borbones de la rama primogénita.

Por lo demás, trataremos de poner al corriente de los acontecimientos á nuestros lectores.

Y ahora que nuestros lectores saben también como Mr. Jackal, que el orador acaba de ir delegado á la venta central como diputado, volvamos á emprender nuestro relato.

Después de la marcha del diputado, hubo un runrún espantoso; todos los miembros quisieron hablar á un tiempo sin aguardar su turno; unos intentaban hacerse oír, lanzando gritos feroces; otros agitaban sus antorchas como si hubieran sido sables y espadas; en fin, hubo una confusión terrible, y los rayos de las antorchas agitadas, dirigiéndose en mil sentidos diversos, se tornaron la imagen de los pensamientos confusos y divergentes de todos los miembros de aquella misteriosa asamblea.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! murmuró M. Jackal, diríase que están ya al frente del gobierno; ya no se entienden.

Al cabo de una media hora de aquel tumulto, se vió del fondo de la gruta, detrás del presidente, salir la luz de una antorcha y reaparecer el orador, ó más bien el diputado, á la venta central.

No pronunció más que una palabra; pero esta palabra, como el *quos ego* de Neptuno, hastó para volver la calma á las olas tumultuosas.

— ¡ Convenido ! dijo

Todo el mundo aplaudió, y tres veces se lanzó de nuevo el grito de: ¡ Viva el emperador ! grito que Mr. Jackal había oído desde su entrada en las Catacumbas.

En seguida se levantó la sesión.

Entonces, unos después de otros, subieron á la piedra que habia servido de sillón al presidente, y se internaron en la gruta, donde hemos visto entrar al orador.

Cinco minutos después sólo el silencio y la obscuridad de la muerte reinaban bajo aquellas espesas bóvedas.

— Creo que ya nada más hay que hacer aquí, dijo Mr. Jackal, á quien aquel silencio y aquella obscuridad no regocijaban precisamente mucho que digamos. Volvamos á subir á tierra; no seria de buen gusto hacer aguardar más tiempo á nuestro leal Gibassier.

Mr. Jackal, asegurándose de que estaba completamente solo, encendió su linterna y se dirigió hacia aquella grieta del pozo, que habia venido tan inopinadamente á descubrir á los ejercitados ojos del jefe de policía, aquella reunión sediciosa, compuesta de hombres á quienes creía evaporados, volatilizadlos, desvanecidos.

— ¡ Eh ! dijo Mr. Jackal, ¿ estamos siempre ahí arriba ?

— ¡ Ah ! sois vos, Mr. Jackal, exclamó Paja-Larga; comenzábamos á inquietarnos.

— Gracias, prudente Ulises, dijo Mr. Jackal, ¿ está la cuerda sólida ?

— Si, si, respondieron en coro las voces de los cinco ó seis agentes que guardaban la entrada del pozo.

— Entonces, subidme, dijo Mr. Jackal, que entretanto habia pasado el gancho por el anillo de su cinturón.

En el mismo momento, después de pronunciada esta última palabra, se sintió Mr. Jackal elevar de la tierra con una fuerza y una voluntad, que indicaban á la vez el deseo que los polizontes tenían de reconducir hacia ellos á su jefe y reconducirle sin accidente.

— ¡ Ah ! era tiempo, dijo Mr. Jackal poniendo el pie

sobre el pavimento de S. M. Carlos X; un cuarto de hora más, y hubiera sido roído por las ratas que bullen en ese encantador paraje.

Los polizontes se estrecharon en torno de Mr. Jackal.

— Está bien, está bien, dijo éste, soy sensible á vuestras demostraciones de afecto, amigos míos; pero no tenemos tiempo que perder. ¿ Dónde está Gibassier ?

— En el Hotel-Dieu con Carmañola, que está encargado de no perderle de vista.

— Bien, dijo Mr. Jackal, vuelve á llevar la cuerda á tu casa, Paja-Larga, vuelve á poner con cuidado la cubierta del pozo, Mano-de-plomo, y vosotros, en marcha si os agrada; dentro de media hora estad todos en la prefectura.

Y la pequeña tropa se puso silenciosamente en marcha por la calle de Postas y la de Santiago, dirigiéndose hacia el Hotel-Dieu.

Llegaron á la puerta del hospital, justamente en el momento en que Mr. Jackal, aspirando ruidosamente un polvo, se entregaba á estas reflexiones humorísticas:

— Cuando pienso que si yo, Jackal, no pusiese las cosas en orden, tendríamos probablemente el imperio en la semana próxima...

Y esos idiotas de jesuitas, que se creen dueños absolutos del reino.

¡ Y ese pobre hombre, ese rey, que caza por encima de la tierra mientras que se trata de cazarlo debajo !

Mientras tanto, se habia abierto la puerta del Hotel-Dieu al ruido de la campanilla agitada por uno de los agentes.

— Está bien, dijo Mr. Jackal bajando sus anteojos sobre su nariz, id á esperarme á la prefectura.

Y el jefe de la policía de seguridad entró en el hospital, cuya puerta se cerró pesadamente detrás de él.

Daban las cuatro en Nuestra Señora.

CAPÍTULO II.

DONDE SE PRUEBA QUE LA FORTUNA LLEGA HASTA DURMIENDO.

En el fondo de uno de los dormitorios del Hotel-Dieu, al lado de la alcobita de la enfermera, en un gabinete que comunicaba con la citada alcoba, y que servía de sucursal á la enfermería, descansaba, hacia dos horas poco más ó menos, aquel forzado consumido que hemos presentado á nuestros lectores bajo el nombre de Gibassier.

Vendadas sus heridas (y apresurémonos á decirlo, para tranquilizar á nuestros lectores, sus heridas no eran peligrosas) se había dormido agobiado por la fatiga, y cediendo á la necesidad de sueño que el hombre experimenta después de haber perdido cierta cantidad de sangre.

Sin embargo, su frente estaba lejos de expresar esa quietud y esa serenidad, que son los ángeles guardianes del sueño de las personas honradas.

Era fácil leer sobre el rostro de Gibassier los efectos de una lucha interior; el cuidado de su porvenir estaba escrito con letras mayúsculas sobre su frente, alta, vasta, luminosa, y cuyas proporciones hubieran desconcertado á los naturalistas y frenólogos.

Cubrid el rostro con una careta, para ocultar la expre-

sión bajamente avara de él, y aquella frente podrá pertenecer á un Goëthe ó á un Cuvier desconocido.

Estaba de frente respecto á la puerta de entrada, y de espaldas respecto al compañero que, sentado en el ángulo de la habitación, entre la pared y su lecho, leía en un libro encuadernado en piel, y parecía que murmuraba plegarias por la salvación eterna, ó al menos por el reposo momentáneo del forzado dormido.

No eran, sin embargo, plegarias lo que murmuraba aquel enfermero, que no era otro (nuestros lectores sin duda le han reconocido ya) que el meridional Carmañola.

Se recordará que Mr. Jackal había recomendado muy particularmente á Gibassier y Carmañola, encargado de su guardia (preciso es hacerle justicia), le había velado antes de su sueño y aun después que dormía, con la ternura adicta de un hermano, ó con la no menos atenta solicitud de un guardia de comercio.

Por lo demás, aquella vigilancia no había sido difícil de ejercer, puesto que Gibassier dormía hacia ya cerca de dos horas, y parecía que debía dormir aún durante algún tiempo; por lo demás, no contando sin duda con las probabilidades de un largo sueño, había sacado de su bolsillo un volumen pequeño, con los cantos de las hojas rojos, encuadernado en pasta, y titulado: *Las siete maravillas de amor*.

Ignoramos lo que podía contener aquel libro, escrito en lengua provenzal; digamos sin embargo, que parecía hacer sobre el poético Carmañola una impresión agradable. Su labio inferior colgaba como el de un sátiro; sus ojos centelleaban de deseos, y su rostro, desde el cráneo á la barba, irradiaba de felicidad.

En aquel momento entreabrió la enfermera la puerta del

gabinete, pasó dulcemente la cabeza, miró á su enfermo con una expresión de caridad sumamente cristiana, y se retiró viendo que su enfermo aun dormía.

Aun cuando la buena religiosa tomó las más minuciosas precauciones, el ruido que hizo al volver á cerrar la puerta despertó á Gibassier, que tenía sueño de liebre, y que abriendo el ojo izquierdo, miró primero á la derecha, y que, en fin, abrió el ojo derecho y miró hacia el lado izquierdo; entonces, creyéndose solo:

— ¡Uf! dijo frotándose los dos ojos é incorporándose. Estaba soñando que me aplastaba la rueda de la Fortuna. ¿Qué puede significar este sueño?

— Voy á deciroslo, maese Gibassier, respondió detrás de él Carmañola.

Volvióse Gibassier vivamente, y vió al provenzal.

— ¡Ah! dijo, creo, en cuanto me permite acordarme el trastorno de mis ideas, que he tenido el placer de caminar esta noche con vuestra excelencia.

— Justamente, respondió Carmañola con un acento que no permitía equivocarse respecto á su origen.

— ¿Tengo el honor de hablar á un compatriota? preguntó Gibassier.

— Creía que vuestra señoría era del Norte, repuso Carmañola.

— ¡Oh! dijo filosóficamente Gibassier, ¿no es nuestra patria el rincón de la tierra donde están nuestros amigos? Es verdad que soy del Norte; pero mi país predilecto es el Mediodía. Tolón es en realidad mi patria adoptiva.

— ¡Eh! pues entonces, ¿por qué la habéis dejado?

— Qué queréis, repuso melancólicamente Gibassier, siempre se está ejecutando la antigua historia del hijo pródigo. He querido volver á ver el mundo y gozar de la vida.

En una palabra, he querido gozar algunos meses de recreo.

— El principio, sin embargo, no me parece de los más recreativos.

— He sido víctima de mi lealtad. He creído en la amistad. No me volverá á suceder. Pero hace un momento pretendiais explicarme mi sueño; ¿seriais pariente ó amigo de alguna maga?

— No; pero algunos estudios serios que he hecho con un académico de Montmartre, que se ha ocupado mucho de la quiromancia, de la geomancia, y otras ciencias exactas; una disposición natural para el sonambulismo, y un temperamento nervioso, me han puesto en el caso de explicar los sueños.

— Entonces, hablad, querido amigo, y explicadme el mío. Veía venir la fortuna hacia mí con tal rapidez, que no pude separarme. Al tropezarme, me eché por tierra, é iba á pasar sobre mi cuerpo y aplastarme, cuando la buena hermana Santa Bernabea abrió la puerta y me despertó. ¿Qué significa esto?

— Nada más sencillo, dijo Carmañola, y un niño lo explicaría tan bien como yo. Eso significa pura y simplemente que desde hoy vuestra fortuna se va á tornar aplastadora.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Gibassier, ¿debo creerlo?

— Como Faraón creyó á José, como la emperatriz Josefina creyó á Mlle. Lenormand.

— Pero si es así, dijo Gibassier, permitidme ofreceros una parte en los beneficios.

— No es cosa de rehusar, dijo Carmañola.

— Pues bien, ¿cuándo comenzamos á partir?

— Cuando la fortuna os pruebe que tengo razón.

— Pero ¿cuándo me lo probará?

— Mañana, esta noche, dentro de una hora tal vez ;
¿quién sabe?

— ¿Por qué no en seguida? querido amigo, y si la fortuna está á nuestra disposición, seríamos muy locos en perder una hora.

— No la perdamos entonces.

— ¡ Bueno ! ¿ y qué hay que hacer ?

— Llamad la fortuna, y vais á verla entrar.

— ¿ De veras ?

— Palabra de honor.

— ¿ Está, pues, aquí ?

— Es decir, que está á la puerta.

— ¡ Ah ! mi querido caballero, estoy tan molido de mi caída, que no podría ir yo mismo á abrirla, hacedme el favor de ir por mí.

— Con mucho gusto.

Y Carmañola, levantándose con la mayor seriedad, dejó su sitio, volvió á poner en su bolsillo *Las siete maravillas de amor*, y entreabriendo la puerta, por la que la hermana de la Caridad había pasado la cabeza, pronunció algunas palabras, que Gibassier no oyó, y las tomó por palabras cabalísticas.

Después de lo cual volvió á entrar Carmañola en la habitación.

— ¿ Qué hay ? preguntó Gibassier.

— Está hecho vuestro honor, respondió Carmañola, volviendo á ocupar su puesto.

— ¿ Está convocada la fortuna ?

— Va á venir en persona.

— ¡ Oh ! cuánto siento no poder ir á recibirla.

— La fortuna es llana, y es inútil molestarse por ella.

— De modo que vamos á esperarla... pacientemente,

dijo Gibassier, que viendo la seriedad de Carmañola, comenzaba á creer que su interlocutor salía de la fantasía.

— No la esperaréis mucho tiempo, reconozco sus pasos.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ me parece que tiene botas fuertes !

— Es que tiene que andar para venir hasta vos.

A estas últimas palabras de Carmañola se abrió la puerta, y Gibassier vió entrar á Mr. Jackal en traje de viaje, es decir, vestido con una polonesa y calzado con botas forradas.

Gibassier miró á Carmañola de un modo que quería decir :

— ¡ Ah ! ¿ es esto á lo que tú llamas la fortuna ?

Carmañola comprendió, porque respondió con un aplomo, que comenzó á hacer dudar á Gibassier.

— La fortuna misma.

Mr. Jackal hizo seña á Carmañola de que se retirase, y Carmañola, obedeciendo á la seña, efectuó su retirada después de haber lanzado una mirada afectuosa á su asociado.

Una vez solo con Gibassier, miró Mr. Jackal en torno suyo para asegurarse de que no había en la habitación otro habitante que Gibassier, y tomando una silla, vino á sentarse á la cabecera del lecho del enfermo, y entabló la conversación en estos términos :

— ¿ Esperabais sin duda mi visita, querido Mr. Gibassier ?

— Negarlo sería mentir descaradamente, mi buen Mr. Jackal ; además, que me lo habíais prometido, y cuando vos prometéis una cosa, sé que no la olvidáis.

— Olvidar á un amigo, sería un crimen, dijo sentenciosamente Mr. Jackal.

Gibassier no respondió ; pero se inclinó en señal de asentimiento.

Era evidente que miraba á Mr. Jackal, y se estaba á la defensiva.

Mr. Jackal, por su parte, tenía aquel aire paternal que sabía tomar tan perfectamente cuando se trataba de confesar ó engatusar lo que él llamaba un parroquiano.

Mr. Jackal fué el primero que tomó la palabra.

— ¿Cómo os halláis desde que no nos hemos visto?

— Bastante mal; gracias.

— ¿No se habrán tenido con vos todos los cuidados que yo había recomendado?

— Al contrario. Sólo tengo que tributar alabanzas á todo lo que me rodea, y á vos el primero, mi buen Mr. Jackal.

— ¿Y no teniendo más que alabanzas para todo lo que os rodea, encontrándoos en un buen gabinete bien seco, en un buen lecho bien caliente, y esto al salir del fondo de un pozo, húmedo y mal sano, tenéis la ingratitud de acusar á la fortuna?

— Ya estamos en el asunto, dijo Gibassier.

CAPÍTULO III.

CLÍNICA.

— ¡ Ah! mi querido Mr. Gibassier, continuó el jefe de policía, ¿ qué es preciso hacer para probaros que soy vuestro amigo?

— Mr. Jackal, dijo Gibassier, sería indigno del interés que me manifestáis, si en el mismo instante no os explicase mis palabras.

— Explicádmelas pues, repuso Mr. Jackal tomando con ruido y voluptuosidad un enorme polvo; eseucho.

— Cuando he dicho que me encontraba mal, sabía perfectamente lo que decía.

— Comunicadme vuestro pensamiento.

— Me encuentro bien por la hora presente, mi buen Mr. Jackal.

— Entonces, ¿ qué más os falta?

— Desearía tener un poco de seguridad para el porvenir.

— ¡ Eh! mi querido Gibassier, ¿ quién está seguro del porvenir? El segundo que acaba de transcurrir ya no nos pertenece, el que va á llegar no nos pertenece aún.

— ¡ Pues bien! ese segundo que va á venir, es lo que me inquieta, no os lo ocultaré.

— ¿ Y qué teméis?

— Encuentro el paraje en que estoy delicioso. Relativamente al paraje de donde salgo, es un paraíso terrestre; pero conocéis mi carácter caprichoso.

— Decid apurado, Gibassier.

— Apurado, si queréis. Por bien que esté aquí, no podré moverme antes de que me acometa el deseo de salir.

— ¿ Y qué?

— ¿ Y qué? ; que temo encontrar, en el momento en que sienta ese antojo, algún obstáculo inesperado que me obligue á permanecer aquí, ó alguna voluntad brutal que me obligue á ir á cualquiera otra parte que la que sería mi intención!

— Podría responderos, que puesto que os encontráis bien aquí, lo mejor sería permanecer aquí; pero conozco vuestro humor versátil y no quiero disputar acerca de vuestros gustos. Prefiero, pues, responderos francamente.

— ¡ Oh ! mi buen Mr. Jackal, no tenéis idea del interés con que os escucho.

— Entonces, dejadme deciros una cosa, y es, que sois libre, mi querido Mr. Gibassier.

— ¿ Hein ? dijo Gibassier levantándose sobre el codo.

— Libre, como el pájaro en el aire, como el pez en el agua, como el hombre casado cuando su mujer ha muerto.

— ¡ Mr. Jackal !

— Libre, como el viento, como la nube, como todo lo que es libre, en fin.

Gibassier meneó la cabeza.

— ¡ Cómo ! dijo Mr. Jackal, ¿ no estáis aún contento ? ¡ Ah ! pues á fe mía que sois difícil de contentar entonces

— ¡ Soy libre ! ¡ soy libre ! repitió Gibassier.

— Sois libre.

— Lo oigo muy bien, pero...

— ¿ Pero qué ?

— ¿ Con qué condiciones, mi buen Mr. Jackal ?

— ¿ Con qué condiciones ?

— Sí.

— ¿ Condiciones á vos, mi querido Mr. Gibassier ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Yo venderos la libertad á vil precio ?

— El hecho es que eso sería abusar de la posición.

— ¡ Traficar con la independencia de un amigo de veinte años, yo, Jackal, que os he manifestado hasta aquí tanto interés, que tenía intención de no perderos nunca de vista ; de modo que cuando os perdí, durante un mes estuve desesperado ; yo que lo he hecho todo para dulcificar vuestros diferentes cautiverios ; yo que os he salvado después !...

— Del pozo queréis decir, querido Mr. Jackal.

— ¿ Yo que he hecho que os vigilasen con una solicitud enteramente fraternal, continuó el jefe de policía sin pararse en el despropósito de Gibassier, yo abusar de la posición ? Vos habéis dicho esa frase, Gibassier, de la posición de un amigo en la desgracia. ¡ Ah ! Gibassier, Gibassier, me hacéis daño.

Y sacando un pañuelo encarnado del bolsillo, lo elevó á la altura de su rostro, no para enjugar sus lágrimas, cuyas fuentes parecían tan agotadas como las del Manzanares, sino para sonarse estrepitosamente.

El tono plañidero con que Mr. Jackal había echado en cara á Gibassier su ingratitud, había enternecido á éste.

Así que, respondió con voz doliente y con la justa entonación de un cómico á quien se le da el pie :

— ¡ Yo dudar de vuestra amistad, mi buen Mr. Jackal... yo olvidar los servicios que me habéis hecho ! Pero si fuese capaz de semejante ingratitud, sería un miserable escéptico, sin corazón y sin entrañas, renegaría de las cosas más sagradas, de las virtudes más santas. No, á Dios gracias, Mr. Jackal, aun florece en mi seno esa planta celeste que se llama la amistad ; no me acuséis, pues, antes de haberme oído ; y si os he preguntado con qué condiciones debía recobrar mi libertad, creed que es menos por desconfianza de vos, que por desconfianza de mi propio.

— Veamos, enjugad vuestras lágrimas, y explicaos, mi querido Gibassier.

— ¡ Ah ! dijo el penado, soy un grande pecador, Mr. Jackal.

— ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! ¿ no dice la Escritura que el más justo peca siete veces al día ?

— Hay días en los que he pecado catorce veces, Mr. Jackal.

— No seréis canonizado más que á medias.

— ¡ Oh ! para eso sería preciso que yo no hubiera cometido más que pecados.

— Si, habéis cometido faltas.

— ¡ Ah ! si no hubiera cometido más que faltas...

— Sois más grande pecador que yo suponía, Gibassier.

— ¡ Ay !

— ¿ Seriais bigamo por casualidad ?

— ¿ Quién no es un poco bigamo, y hasta poligamo ?

— ¿ Habéis matado tal vez á vuestro padre, y casádoos con vuestra señora madre, como Edipo ?

— Todo eso puede suceder por casualidad, Mr. Jackal, y la prueba es que Edipo no se cree culpable por eso, puesto que Mr. Voltaire le hace decir :

Parricida, incestuoso,
y con todo virtuoso.

— Mientras que vos sois todo lo contrario ; no sois virtuoso, aun cuando no seáis incestuoso ni parricida.

— Ya os he dicho, Mr. Jackal, que me inquieta menos el pasado que el porvenir.

— Pero ¿ de dónde diablos os viene esa desconfianza de vos mismo, mi querido Gibassier ?

— ¡ Pues bien ! si es preciso deciroslo, sabed que tengo miedo de abusar de mi libertad luego que se me devuelva.

— ¿ De qué manera ?

— De todas las maneras, Mr. Jackal.

— ¿ Pero entre ellas ?

— Temo entrar en alguna conspiración.

— ¡ Ah ! ; de veras !... Diablos, es serio lo que me decís, Gibassier.

— No puede ser más serio.

— Veamos, explicaos...

Y Mr. Jackal se acomodó sobre su silla, de modo que indicaba que la conferencia iba á durar algún tiempo.

— Qué queréis, mi buen Mr. Jackal, continuó Gibassier dando un suspiro ; yo ya no me encuentro en edad de verme con las vagas ilusiones de la juventud.

— ¡ Bueno ! ¿ pues qué edad tenéis ?

— Tengo cerca de cuarenta años, mi buen Mr. Jackal ; pero en caso de necesidad, sabría arreglar mi semblante de modo que pareciese (en caso de necesidad, repito) que tengo cincuenta ó sesenta.

— Si, conozco vuestro talento respecto á ese punto. Sois maravilloso en materia de gestos. Ah, sois un gran actor, Gibassier, y como yo lo sé, tengo mis miras respecto á vos.

— ¿ Tendriais que proponerme algún compromiso, mi buen Mr. Jackal ? aventuró Gibassier con una sonrisa que indicaba, que bien ó mal, con razón ó sin ella, creía haber penetrado algo de los secretos de su interlocutor.

— Hablaremos de eso al instante, Gibassier. Mientras tanto, volvamos á emprender la conversación en donde la hemos dejado, es decir en vuestra edad.

— ¡ Pues bien ! decía, que pronto tenía cuarenta años.

— Es la edad de la ambición en las almas grandes. Si, ¿ y vos sois ambicioso ?

— Lo confieso.

— ¿ Descarriais mucho hacer fortuna ?

— ¡ Oh ! no por mí...

— ¿ Ocupar un puesto en el Estado ?

- Servir á mi país fué siempre mi más ardiente deseo.
- ¿ Habéis estudiado derecho, Gibassier ? eso conduce á todo.
- Sí, pero he tenido la desgracia de no licenciarme.
- Eso es imperdonable en un hombre que sabe el código de su país tan bien como vos, es decir, al dedillo.
- No sólo nuestro código, Mr. Jackal, sino el de todos los países.
- ¿ Y cuando habéis hecho esos estudios ?
- Durante las horas de descanso que me concedía el gobierno.
- ¿ Y el resultado de vuestros estudios ?
- Ha sido que hay mucho que reformar en Francia.
- Sí, la pena de muerte, por ejemplo.
- Leopoldo de Toscana, un duque filósofo, la ha reformado en sus Estados.
- Sí, y al día siguiente mató un hijo á su padre, crimen que no se había perpetrado hacia un cuarto de siglo.
- Pero no es eso lo único que he estudiado.
- Sí, habéis estudiado también la hacienda.
- Con especialidad. ¡ Pues bien ! á mi regreso he encontrado la de Francia en un estado deplorable. Antes de dos años se elevará la deuda á una cifra exorbitante.
- ¡ Ah ! no me habléis de eso, querido Mr. Gibassier.
- No, porque mi corazón se despedaza con sólo pensar en ello, y sin embargo...
- ¿ Qué ?
- Si se me consultase, las cajas del Estado estarían llenas en vez de estar vacías.
- Creía, querido Mr. Gibassier, que al contrario, habiéndoois confiado un negociante su caja, la había encontrado vacía en vez de encontrarla llena.

- Mi buen Mr. Jackal, se puede ser un malísimo cajero y ser un excelente especulador.
- Volvamos á las cajas del Estado, mi querido Mr. Gibassier.
- Pues bien, conozco un remedio para el mal acerbo que vacía las nuestras. Sé cómo aniquilar ese gusano roedor de las naciones que se llama presupuesto ; sé cómo echar abajo los odios, reunidos como nubes borrascosas por encima del gobierno.
- ¿ Y ese medio profundo, Gibassier ?
- Casi no me atrevo á decíroslo.
- Es cambiar el ministerio, ¿ no es verdad ?
- No, es cambiar el gobierno.

CAPÍTULO IV.

LA MISIÓN DE GIBASSIER.

- ¡ Oh ! dijo Mr. Jackal, S. M. sería muy feliz si os oyese hablar así.
- Sí, y al día siguiente de aquél en que hubiera expresado mi opinión con la libertad de un hombre de conciencia, se me arrestaría naturalmente, se registraría mi correspondencia, se descubrirían los secretos de mi vida privada...
- ¡ Bah ! dijo Mr. Jackal.
- Se haría, y por eso nunca me asociaré á ningún complot... sin embargo...
- ¿ Á ningún complot, mi querido Mr. Gibassier ? dijo